

CAPÍTULO XLI

Me puse en seguida mi *traje de viaje*, después de haberlo examinado complacientemente; y entonces resolví escribir un capítulo *ad hoc* para darlo á conocer á mis lectores. Como la forma y utilidad de esos trajes son generalmente conocidas, trataré más particularmente acerca de su influencia sobre el espíritu de los viajeros. Mi traje para invierno está hecho de la tela más gruesa, pero á la vez blanda, que me ha sido posible encontrar; me cubre enteramente de pies á cabeza, y cuando estoy en mi butaca, las manos en los bolsillos y hundida la cabeza en el cuello de la hopalanda, pareceo la estatua de Vichnu, sin pies y sin manos, que se ve en las pagodas de la India.

Se tachará, si se quiere, de preocupación la influencia que yo atribuyo al traje de viaje sobre los viajeros; lo que puedo decir de cierto acerca de este particular, es que me parecería tan ridículo avanzar un solo paso en mi viaje al rededor de mi cuarto vestido con mi uniforme y la espada ceñida, como salir y presentarme en sociedad en traje de bata. Cuando me veo así vestido con arreglo á todos los rigores de la pragmática, no solamente no me encontraría en dis-

posición de continuar mi viaje, sino que creo que ni aun estaria en situación de leer lo que llevo escrito hasta ahora, y menos aún de comprenderlo.

Pero ¿os extrañáis de esto? ¿No se ve todos los dias á personas que se creen enfermas porque tienen la barba larga ó porque á alguien se le ocurre decirles que tienen mala cara? El vestido tiene tanta influencia sobre el espíritu de los hombres, que hay personas delicadas y enfermizas que se encuentran mucho mejor cuando se ven con ropa nueva y peluca empolvada: creen que así engañan al público y á sí mismos, y el mejor día mueren sin advertirlo, y su muerte sorprende á todo el mundo.

Se olvidaban á veces de avisar con muchos dias de antelación al conde de... que debía entrar de guardia: un cabo iba á advertirle muy temprano el dia mismo en que debía montarla, y le anunciaba esta triste noticia; pero la idea de levantarse en seguida, ponerse las polainas y salir sin haberlo pensado la víspera, le turbaba de tal modo, que prefería decir que estaba enfermo y no salir de su casa. Se ponía entonces su bata y despedía al peluquero; esto le daba un aire pálido, enfermo, que alarmaba á su mujer y á toda la familia. Él mismo se encontraba realmente *algo descompuesto* aquel dia.

Así lo decía á todo el mundo, un poco por sostener su embuste, y otro poco porque creía estarlo de veras. Insensiblemente la influencia de la bata se dejaba sentir: los caldos que de buena ó mala gana había tomado le causaban náuseas; pronto los parientes

y amigos iban á informarse de su salud; no era menester tanto para que se metiera decididamente en cama.

Por la tarde el doctor Ranson¹ le encontraba el pulso *concentrado*, y ordenaba una sangría para el día siguiente. Si el servicio hubiese durado un mes más, acaba decididamente con el enfermo.

¿Quién puede dudar de la influencia de los trajes de viaje sobre los viajeros, cuando se reflexiona que el pobre conde de... pensó más de una vez hacer el viaje al otro mundo por haberse puesto fuera de ocasión su bata?

CAPÍTULO XLII

Estaba yo sentado cerca del fuego después de comer, envuelto en mi traje de viaje y entregado voluntariamente á toda su influencia, esperando la hora de la partida, cuando los vapores de la digestión, subiendo á mi cerebro, obstruyeron de tal modo los caminos por los cuales las ideas acudían viniendo de los sentidos, que toda comunicación se encontró interrumpida; y así como los sentidos no transmitían ya ninguna idea á mi cerebro, éste, á su vez, no podía enviarles el fluido

1. Médico célebre en Turín cuando fué escrito este capítulo.

eléctrico que les anima y con el cual el ingenioso doctor Valli resucita las ranas muertas.

Fácilmente se concebirá, después de leído este preámbulo, por qué mi cabeza cayó sobre el pecho, y cómo los músculos del pulgar y del índice de la mano derecha, no encontrándose ya irritados por este fluido, se relajaron hasta el punto de que un volumen de las obras del marqués Caraccioli que tenía oprimido entre mis dos dedos, se me escapó sin advertirlo, y cayó en el fuego.

Acababa yo de recibir algunas visitas, y mi conversación con las personas que habían salido había versado acerca de la muerte del famoso médico Cigna, recién fallecido, y cuya pérdida había sido generalmente sentida; era sabio, trabajador, buen físico y famoso botánico. El mérito de este hombre hábil ocupaba mi pensamiento; y, sin embargo, me decía yo, si me fuera permitido evocar las almas de todos aquellos que ha podido hacer pasar al otro mundo, ¿quién sabe si su reputación no sufriría algún fracaso?

Encaminábame insensiblemente á una disertación sobre la medicina y sobre los progresos que ésta ha hecho desde Hipócrates. Me preguntaba si los famosos personajes de la antigüedad que han muerto en sus lechos, como Pericles, Platón, la célebre Aspasia, é Hipócrates mismo, habían sucumbido como el común de las gentes, de una fiebre pútrida, inflamatoria ó verminosa, si les habían sangrado y atormentado con remedios.

Decir por qué pensaba en estos cuatro personajes con preferencia á otros, esto es lo que no me sería posible.

¿Quién puede dar razón de un sueño? Todo lo que puedo decir es que fué mi alma la que evocó al doctor de Cos, al de Turín, y al célebre hombre de Estado que hizo cosas tan hermosas y cometió tan grandes faltas.

Pero por lo que toca á su elegante amiga, confieso humildemente que fué *la otra* quien hizo la evocación. Sin embargo, cuando pienso en ello, estoy tentado de sentirme ligeramente orgulloso; porque es claro que en este sueño la balanza en favor de la razón era de cuatro contra uno, lo cual es mucho para un militar de mi edad.

Como quiera que sea, mientras me entregaba á estas reflexiones, mis ojos acabaron de cerrarse, y me quedé profundamente dormido; pero al cerrar los ojos, la imagen de los personajes en los cuales había pensado permaneció impresa sobre esa finísima tela que se llama memoria, y mezclándose estas imágenes en mi cerebro con la idea de la evocación de los muertos, vi bien pronto llegar en fila á Hipócrates, Platón, Pericles, Aspasia y al doctor Cigna con su peluca.

Los vi á todos sentarse en las sillas todavía ordenadas al rededor del fuego: sólo Pericles permaneció de pie para leer los periódicos.

— Si los descubrimientos de que me habláis, decía Hipócrates al doctor, son verdaderos, y si hubiesen sido tan útiles á la medicina como pretendéis, yo hubiera visto disminuir el número de hombres que bajan cada día al reino de la nada, y cuya lista común, según los registros de Minos que yo mismo he comprobado, es constantemente la misma que antes.

El doctor se volvió hacia mí.

— ¿Habéis oído hablar, sin duda, de esos descubrimientos? me dijo. ¿Conoceréis el de Harvey sobre la circulación de la sangre; el del inmortal Spallanzani sobre la digestión, de que nosotros conocemos ahora todo el mecanismo?

Entró entonces en largos pormenores acerca de todos los descubrimientos referentes á la medicina y de la multitud de remedios que se deben á la química; hizo, en fin, un discurso académico en favor de la medicina moderna.

— ¿Podré creer, le dije entonces, que estos grandes hombres ignoren todo lo que acabáis de decirles, y que su alma, libre de las trabas de la materia, encuentre alguna cosa de obscuro en toda la naturaleza?

— ¡Ah! ¡Qué error el vuestro! dijo el *protomédico*¹ del Peloponeso; los misterios de la naturaleza están ocultos á los muertos como á los vivos. El que lo ha creado y lo dirige todo, sabe solo el gran secreto á que los hombres se esfuerzan en vano por llegar: he aquí lo que aprendemos de positivo en las riberas de la Estigia; y creedme, añadió dirigiendo la palabra al doctor, despojaos de ese resto de espíritu de corporación que traéis del mundo de los mortales, y puesto que los trabajos de mil generaciones y todos los descubrimientos de los hombres no han podido prolongar un instante su existencia, y está visto que Caronte pasa cada día en su barca igual cantidad de sombras, dejemos ya de fati-

1. Título muy conocido en la legislación del reino de Cerdeña. El autor lo emplea aquí sólo con el carácter de chanza puramente local.

garnos por defender un arte que, entre los muertos donde estamos, no podría ser útil ni siquiera á los médicos.

Así habló el famoso Hipócrates, con grande extrañeza de mi parte.

El doctor Cigna sonrió; y como los espíritus no saben negarse á la evidencia ni callar la verdad, no solamente fué de la opinión de Hipócrates, sino que llegó á confesar, sonrojándose al modo de las inteligencias, que siempre lo había sospechado.

Pericles, que se había acercado á la ventana, dió un gran suspiro cuya causa adiviné. Estaba leyendo un número del *Monitor* que anunciaba la decadencia de las artes y de las ciencias; veía á sabios ilustres abandonar sus sublimes especulaciones para dedicarse á inventar nuevos crímenes, y se estremecía oyendo á una horda de canibales compararse á los héroes de la generosa Grecia, haciendo perecer sobre el cadalso, sin vergüenza y sin remordimientos, á viejos venerables, mujeres y niños y cometiendo á sangre fría los crímenes más atroces y más inútiles.

Platón, que había escuchado sin decir nada nuestra conversación, al verla de repente terminada de un modo inesperado, tomó la palabra á su vez.

— Concibo, nos dijo, cómo los descubrimientos que han hecho vuestros grandes hombres en todos los ramos de la física son inútiles á la medicina, la cual no podrá cambiar jamás el curso de la naturaleza sino á expensas de la vida de los hombres; pero no sucederá lo mismo, sin duda, relativamente á las investigaciones que se han hecho en materia política. Los descubrimientos de Locke

acerca de la naturaleza del espíritu humano; la invención de la imprenta; las observaciones acumuladas obtenidas de la historia; tantos libros profundos como ha extendido la ciencia hasta entre el pueblo; tantas maravillas, en fin, habrán contribuído, sin duda, á hacer mejores á los hombres; y esa república dichosa y sabia que yo había imaginado, y que el siglo en que yo vivía me hizo mirar como sueño impracticable, ¿existe sin duda hoy en el mundo?

Á esta pregunta, el honrado doctor bajó los ojos y no contestó más que con lágrimas; después, como las secara con su pañuelo, torció involuntariamente su peluca, de modo que quedó oculta una parte de su cara.

— ¡Dioses inmortales! dijo Aspasia lanzando penetrante grito, ¡qué figura más rara! ¿Es acaso un descubrimiento de vuestros grandes hombres lo que os ha hecho imaginar el peinaros así, sirviéndoos del cráneo de otro?

Aspasia, á quien las disertaciones de los filósofos habían estado haciendo bostezar, se había apoderado de un diario de modas que había sobre la chimenea, y que hojeaba desde hacía largo rato, cuando la peluca del médico le hizo lanzar aquella exclamación; y como la silla estrecha y tambaleante en que estaba sentada era muy incómoda para ella, había colocado sin cumplidos sus dos piernas desnudas adornadas con cintas sobre la silla de paja que se encontraba entre ella y yo, y se apoyaba con el codo sobre uno de los anchos hombros de Platón.

— Esto no es un cráneo, le respondió el doctor

tomando su peluca y arrojándola al fuego; es una peluca, señorita, y no sé por qué no he arrojado este ridículo adorno en las llamas del Tártaro al llegar entre vosotros; pero las ridiculeces y las preocupaciones son en tan alto grado inherentes á nuestra miserable naturaleza, que todavía nos siguen algún tiempo más allá de la tumba.

Yo sentía un placer singular viendo al doctor abjurar así á la vez de su medicina y de su peluca.

— Os aseguro, le dijo Aspasia, que la mayoría de los peinados representados en este cuaderno que estoy hojeando merecería igual suerte que el vuestro. ¡Tan extravagantes son!

La bella ateniense se divertía mucho en mirar aquellas estampas, y se extrañaba, con razón, de la variedad y rareza de los adornos modernos. Una figura entre otras le llamó la atención: era la de una joven representada con peinado de los más elegantes, y que Aspasia encontró solamente un poco alto; pero la gasa que le cubría la garganta era tan extraordinariamente ancha, que apenas se le distinguía la mitad del rostro. Aspasia, ignorando que aquellas formas prodigiosas no eran sino obra del almidón, no pudo menos de manifestar una extrañeza que habría redoblado en sentido inverso si la gasa hubiera sido transparente.

-- Pero, decidme, exclamó; ¿por qué las mujeres de hoy parece que buscan sus adornos mejor para ocultarse que para vestirse? Apenas dejan distinguir la cara, único punto por donde puede reconocerse su sexo, tanto las formas de su cuerpo están desfiguradas por

los extraños pliegues de las telas. De todas las figuras representadas en estas hojas, ninguna deja al descubierto la garganta, los brazos y las piernas; ¿cómo es que vuestros jóvenes guerreros no han tratado de destruir este modo de vestirse? Aparentemente, añadió, la virtud de las mujeres de hoy, que se muestra en todos los detalles de su vestido, excede en mucho á la de mis contemporáneas.

Al terminar estas palabras, Aspasia me miraba, y parecía pedirme una respuesta. Yo fingí no advertirlo, y para darle cierto aire de distinción, cogí con las tenazas los restos de la peluca del doctor que habían escapado del incendio, y los puse sobre las ascuas. Observando entonces que una de las cintas que sujetaban el coturno de Aspasia se había desatado:

— Permittedme, le dije, encantadora...

Y al hablar así me incliné rápidamente, llevando las manos á la silla donde creía ver aquellas dos piernas que hicieron disparatar á grandes filósofos.

Estoy seguro de que en aquel momento llegué á tocar los límites del somnambulismo, porque el movimiento de que hablé fué muy real; pero *Rosina*, que descansaba en efecto sobre la silla, lo tomó por una muestra de afecto, y saltando con ligereza á mis brazos, ella se encargó de volver á sepultar en los infiernos á las sombras famosas que yo había evocado gracias á mi vestido de viaje.

¡Encantador país de la imaginación, tú, que has sido entregado á los hombres por el Ser bienhechor por excelencia para consolarles de la realidad, preciso es que te

abandone! Hoy es el día en que ciertas personas de quienes dependo pretenden devolverme la libertad... ¡como si hubiesen conseguido privarme de ella! ¡como si estuviese en su mano el arrebatármela un solo instante é impedirme el recorrer á mi gusto el vasto espacio siempre abierto delante de mí! Me han privado de visitar una ciudad, un punto determinado; pero me han dejado el universo entero! ¡La inmensidad y la eternidad están á mis órdenes!

¡Hoy es el día en que recobro la libertad, ó, mejor, el en que vuelvo á mi antigua cárcel! El yugo de las obligaciones va á pesar de nuevo sobre mí, no pudiendo dar un paso que no sea medido por el deber y las reglas del decoro. ¡Feliz aún si alguna divinidad caprichosa no me hace olvidar lo uno y lo otro y si escapo de este nuevo y peligroso cautiverio!

¿Y por qué no me dejaban que pusiera término á mi viaje?

¿Era, pues, para castigarme que se me había relegado en mi cuarto, en esta deliciosa región que encierra todos los bienes y todas las riquezas de la tierra? Tanto valdría encerrar un ratón en un granero.

Sin embargo, nunca me había sido dable distinguir tan claramente como ahora mi calidad de *doble*. Mientras echo de menos mis goces imaginarios, me siento por fuerza consolado: un poder secreto se apodera de mí y me dice que necesito del aire del cielo, y que la soledad se parece á la muerte. Ya estoy dispuesto: la puerta se abre; recorro los espaciosos pórticos de la calle de Po; mil agradables fantasmas re-

volotean ante mis ojos. Sí, he aquí ciertamente el hotel... ésta es la puerta... allí está la escalera: me estremezco antes de llamar...

También cuando vamos á comernos un limón sentimos un gusto ácido en el momento de cortarlo.

¡Oh, mi bestia, mi pobre bestia, vive precavida!